

LA EDUCANDA.

Periodico de Señoritas.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion, por don A. Pirala.—Memorias de una casada, por doña Angela Grassi.—Del dicho al hecho, por doña Micacela de Silva.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Los Huevos de Pascua, por doña Joaquina G. Balmaseda.—GRABADOS: *La sed*.—*Cuadro de malla*.—LAMINA.—*Pliego de Dibujos y patrones*.

EDUCACION É INSTRUCCION.

EJERCICIO DEL RAZONAMIENTO.



UNA de las mayores dificultades en la educacion de las jóvenes es la de escoger las ocupaciones que se les ha de prescribir. Hay mil objetos que, los cuidados consagrados á obtenerlos parecen siempre dignos de aprobacion, y olvidamos sin embargo que se descuidan otras cosas mas importantes. De aquí las irregularidades que suele haber en la educacion, y las omisiones de lo que mas interesa á la salud física y moral. Nunca obviarán las madres este inconveniente, bien grave, si no se forman un decidido propósito desde luego sobre los objetos que hayan de ser mas ó menos estimados, y del tiempo que cada uno de ellos podrá absorber, durante los años en que se educa á las hijas.

Esta evaluacion podrá tener sin duda mucho de arbitraria, pero así se muestra el buen criterio; y si esos objetos han de servir para ejercitar la razon de las niñas, mal podrá poner acertados medios el que carezca de una facultad que ha de enseñar; como mal enseñará á leer el que no sepa el abecedario.

Como el órden es la base de todo en la educacion, y fuera de ella, de él necesitamos en primer término, así como necesitamos de la niña ó de la joven, que se identifique con nuestro propósito, y le forme por sí con decision y firmeza, resuelta á no faltar á él, como la mas interesada en ello. En su consecuencia supondremos un dia de catorce horas, entre las cuales se distribuirán las ocupaciones que deben llenar la vida de una joven durante cinco años. Este dia tendrá sin duda algo de ficticio, pero nuestras horas, re-

2.^a ÉPOCA.

presentan, si se quiere, fracciones de tiempo aplicables á la semana, al mes, ó á una estacion: todo difiere en la aplicacion, y en cada casa se sigue con mas ó menos ardor tal ó cual estudio. De todas maneras, importa mucho no dejar ninguna cosa ú ocupacion determinada en abandono. Deben cultivarse simultáneamente, si bien debemos separarnos para las jóvenes, de la marcha que seguiríamos tratando del hombre.

Y ¿por qué esta separacion? se nos podrá decir; no son las mismas las leyes del desenvolvimiento del espíritu para los dos sexos? Efectivamente, pero el estudio mejor escogido, el mas propio á desenvolver las diversas facultades, no las pondria todas en actividad en una educacion de mujeres: los poderosos estímulos y la severa disciplina de las escuelas públicas, suprimidos para ellas, este estudio por ser único, no seria seguido con mas fruto: siempre se eludirian las dificultades, las lecciones serian débilmente tomadas y dadas, y se perderia mucho de ese tiempo que se tiene en tan poco, en tanto que la ignorancia seria profunda sobre muchos puntos y el espíritu no se ejercitaria. El hombre puede llenar el vacío que esto deje con la Universidad y las Academias, y este recurso de que carece la mujer la hace sufrir el yugo que le impone la necesidad. ¿Se ignora que su educacion es casi siempre un compromiso entre lo *mejor* considerado abstractamente, y lo *mejor* relativo á su situacion particular?

Esto será, pues, poner en balancin los efectos de los estudios, y nosotros buscamos á establecer la armonia interior entre las jóvenes, no pudiendo menos de ser favorable el resultado, porque se cultivan debidamente los diversos ramos de los conocimientos.

La misma diversidad de ocupaciones durante el dia, y su uniformidad, en un tiempo mas largo, habitúa necesariamente á la joven de una manera saludable. Y como cada uno de los estudios necesarios á la mujer puede llenar toda una vida, ofreciendo siem-

pre una variedad aceptable de objetos diferentes, será venturoso para las discípulas, preveer la continuacion de estos estudios en el porvenir.

En la edad de diez á quince años apenas deben dedicarse mas de cuatro horas por día á la educacion puramente intelectual, y consagraremos al menos una de estas horas á los estudios que se dirijen especialmente á la facultad mas necesaria y menos desenvuelta en la mujer, que es la del razonamiento.

Todos los dones del espíritu tienen poco mas ó menos la cultura que les conviene, excepto éste, y sin embargo, todos tienen una dependencia íntima con aquel, de él necesitan, y de él há menester siempre la jóven; y asi como la ilustracion distingue en la sociedad, de la misma manera se luce con el razonamiento, se brilla con la razon, y nos sirve esta facultad para formar y emitir un juicio sino completamente exacto á veces, aproximado al menos en todas las cosas; porque cuando se mira bajo el prisma de la razon, hay equidad y justicia en los juicios, porque hay claridad en la inteligencia.

A. PIRALA.

MEMORIAS DE UNA CASADA.

I.

Jugad, hijas mías, jugad! La vida solo cuenta una primavera fugitiva!.... cuando las flores de Mayo se agostan llega el estío con sus penosas recolecciones, llega el invierno con sus días pálidos, con sus nieves sempiternas!....

Jugad ahora, jugad!....

Mientras tanto yo, para quien no tiene ya arcanos la existencia, yo que sé que mas tarde los imprescindibles deberes, los incesantes cuidados ahuyentarán la risa de vuestros lábios, me ocupo en sembrar de perpétuas é inmarcitables flores la senda de vuestro porvenir!....

Para vosotras escribo, para vosotras solas, mis queridas hijas!.... Para vosotras trazo estas memorias, que se aumentan día por día, con los innumerables ejemplos que recojo! Carezco de instruccion, carezco de elocuencia, pero me sobra amor, me sobra fé en el alma!

¡Oh, mis dulces niñas, pasará la adolescencia, llegará la juventud, y tendreis que someteros al yugo de esa cadena, llamada del matrimonio, que puede ser de flores ó de espinas, segun sean mas ó menos diestras las manos que la forjen.

El matrimonio ofrece infinitos escollos, contra los cuales suele estrellarse la frágil barca de la mujer casada.

Yo os pondré de manifiesto estos escollos, pero no con vanas declamaciones, no con teóricos axiomas, que en la práctica casi siempre carecen de aplicacion, sino con verídicos ejemplos, con sucesos que yo misma he presenciado, y de los cuales han sido protagonistas algunas de mis amigas.

No aduciré mi propio ejemplo: sabeis que he sido dichosa: sabeis que la paz y la alegria han reinado constantemente en nuestra casa.

Solo me limitaré á deciros que llevé al matrimonio un vivo anhelo de alcanzar la perfeccion, que estudié, observé, y medité durante largo tiempo en torno mio para hallar el seguro regulador de mi conducta.

Solo me limitaré á referiros mis primeras visitas de boda, porque las observaciones que hice entonces determinaron de mi futura dicha.

Ójala que sirvan para determinar la vuestra! Quizás cuando llegue ese tiempo, yo duerma ya en paz en el sepulcro; pero os quedará este manuscrito: guardadlo como un tesoro precioso, legadlo á vuestros hijos, porque es el férvido y paternal amor quien lo ha dictado!.

Era una mañana del mes de Abril, cuando adornada con mis galas de boda salí feliz y orgullosa de mi modesta vivienda, apoyándome en el brazo de mi esposo. Sentia palpar junto al mio aquel noble corazón que me habia consagrado todos sus latidos, y deseaba ardientemente que estos latidos, jamás fuesen alterados por la inquietud y las amargas pesadumbres.

El cielo estaba tan alegre como nosotros, en derredor todo respiraba serenidad y calma, y ambos mirábamos á derecha é izquierda, y codeábamos á los transeúntes, como si quisiéramos decirles: *¡paso, paso á nuestra dicha!*

La primera visita debia ser para un anciano, tío de mi marido, que vivia en un barrio retirado.

La vetusta casa, el ancho portalon, los viejos criados, y hasta dos enormes perros que salieron casi arrastrando á recibirnos con sus ladridos, todo estaba en perfecta consonancia con la idea que yo me habia formado de sus dueños.

En efecto, nos introdujeron en un inmenso salon, decorado con muebles de otros tiempos, pero limpios y brillantes, merced á un constante esmero.

En uno de sus extremos se hallaba mi tío, antiguo magistrado, que en memoria de su toga estaba envuelto en una bata de terciopelo negro, y llevaba un bonete tambien negro en la cabeza. Octogenario casi, tenia la barba y el cabello blancos, y un temblor convulsivo agitaba incesantemente sus manos, imposibilitándole de entregarse á la ocupacion mas leve. Vimosle arrellanado en una ancha poltrona de

cuero, y en otra poltrona igual, á su esposa tan vieja como él, pero mas robusta.

Esta tenia un libro abierto en la mano, y estaba leyendo en voz alta cuando entramos.

Ambos nos recibieron con singular benevolencia.

Mi aire modesto agradó á mi buena tia; la grave seriedad de mi esposo agradó al anciano juez.

Bien pronto se estableció entre los cuatro una expansiva confianza.

Nos hablaron de sus hijos, ya casados y establecidos, pero que iban á comer con ellos todos los domingos. Con la proligidad inherente á los abuelos, nos enumeraron las gracias de sus nietos, pintándonos con elocuentes frases, cómo se sentian rejuvenecer en su presencia.

Añadieron que aunque sus hijos no viviesen en su compañía, no les faltaban cuidados ni atenciones, porque tenian otros segundos hijos en los criados, que habian nacido y envejecido en la casa.

Luego mi tia me mostró su jardin, lleno de las flores que cuidaba ella misma hacia mas de cincuenta años, la pajarera llena de alegres pajarillos, y llamó á los perros para que luciesen delante de mí una porcion de habilidades que les habia enseñado su marido. Los pobres perros las ejecutaron de muy buena voluntad, pero con la torpeza propia de sus años.

—Así es que el dia se nos pasa en un momento, dijo la buena anciana sonriendo. Como siempre nos hemos bastado á nosotros mismos, nos bastamos tambien ahora que somos viejos! Un rato de lectura, otro rato de cuidar las flores, de echar la comida á los pajarillos, de hacer planes para el porvenir de los hijos que deben sobrevivirnos y perpetuar nuestra honradez y nuestro nombre, y ya se ha pasado el tiempo, y llega la hora del descanso, que es siempre apacible y tranquila como nuestras almas.

—En cincuenta años que llevamos de union, dijo mi tio mirando con enternecimiento á su mujer, jamás se ha ocultado el sol presenciando nuestras desaveniencias. Si algun motivo de disgusto surgia entre nosotros, mi buena Mónica se apresuraba á hacerme firmar la paz con sus palabras cariñosas, con sus delicadas atenciones. Por otra parte yo tambien lo deseaba vivamente, porque conocia que la guerra doméstica en nada contribuia á mi ventura. Confieso que como jóven, en los primeros años de nuestro matrimonio me abandonaba á veces á la viveza de mi carácter, que á veces era egoista, injusto y caprichoso; pero Mónica oponia á mis sinrazones tanta dulzura mezclada de dignidad, tanta tolerancia unida á la pureza de sus costumbres, que acabé por avergonzarme de mí mismo, y convertirme de leon en manso corderillo. Además me hallaba tan bien en mi casa, que toda diversion llegó á parecerme insulsa si me la ofrecian fuera de ella. Y así hemos cruzado los ásperos senderos de la vida, y así hemos

llegado al borde del sepulcro, apoyados el uno en el otro, confundiendo los esfluvios de nuestros amantes corazones. ¡Amantes, sí, añadió el buen viejo con una franca sonrisa, porque nosotros nos profesamos ese verdadero amor, profundo, inmenso, inextinguible, que dimana del mismo Dios, y que eleva hasta Dios las puras almas!

Mi esposo y yo salimos de aquella casa con el corazon dulcemente conmovido, y me apresuré á escribir con lápiz en mi cartera.

Ejemplo que debe imitarse: cuadro sencillo y conmovedor: medio siglo de union, medio siglo de ventura!

ANGELA GRASSI.

DEL DICHO AL HECHO.

Continuacion.

Algo dijo acerca de la proteccion que á sus amigos dispensaria, y hasta hizo alusiones á sus proyectos matrimoniales, si bien con alguna reserva. Respecto al punto en que fijaria su residencia en adelante, no sabia qué decidir; por una parte le parecia conveniente habitar á la vista de sus dominios, y por otra, como francés debíase á la Francia.

El notario de Bourg, que se hallaba presente, indicó la conveniencia de que partiese á tomar posesion del castillo. Maese Berú aprobó la idea, y anunció que al dia siguiente pensaba ponerse en camino.

Llovieron encima de Berú las ofertas; quién le ofrecia su carro, quién sus mulas, éste le brindaba con su compañía, y aquel con su silla de montar.

Maese Berú dió á todos las gracias con un ademán verdaderamente régio. —Señores, dijo, bien sabeis que por lo que á mí hace, desprecio las vanidades y preocupaciones aristocráticas, pero mi posicion me obliga, bien á pesar mio, á contemporizar con ellas. No debo dar lugar á que digan las gentes que ignoro lo que debo á mi clase.

Por ultimo, quedó decidido que se buscara la mejor silla de postas y un buen tiro de caballos. Maese Berú queria que Toppet y su sobrina le acompañasen, así como el notario; los tres se convinieron muy gustosos, Ninetta sobre todo se mostraba contentísima del arreglo.

A la mañana siguiente los cuatro subieron al carruaje, en medio de los plácemes y adioses de sus convecinos, á quienes Maese Berú no cesaba de saludar con el pañuelo, siguiendo así hasta que los perdió de vista.

Ninetta engalanada con sus mejores vestidos iba radiante de alegría, juventud y hermosura; el fla-

mante propietario, uncíala, por decirlo así, á su carro triunfal; pero la sencilla jóven no veía en esto mas que una prueba de amor que acrecentaba el suyo extraordinariamente.

Segun avanzaba la silla de posta, el enriquecido industrial iba sintiendo unos tufillos que se le subían á la cabeza; producíanlos las llamaradas de la soberbia que ardía ya en su corazon; sus pensamientos, hasta entonces contenidos en los límites de la reserva comenzaron á escapársele despues en bocanadas de humo; á cada relevo se hacían mas visibles y graves los síntomas de su hinchazon y fatuidad.

Y bien mirado, la prueba era difícil, porque al fin los filósofos son hombres de carne y hueso como los demas, y Maese Berú, veíase, como quien no dice nada, hecho el héroe de un acontecimiento en que se interesaba media Europa. Millares de billetes se habian esparcido en ella, y estos, á manera de unas hojas volantes, despertaron la pública expectacion. En las plazas, en los cafés, en las tertulias, en los rinconcitos del hogar, se hablaba de la famosa rifa, y los visionarios se despachaban á su gusto formando castillos en el viento: si esto habia sucedido en los países lejanos, figurémonos lo que seria en los inmediatos al ya célebre dominio.

¿Qué mucho que los postillones se dijeran unos á otros: «Ahí va el nuevo propietario del castillo de Robenbourg,» como se decía en tiempo del gato con calzas: «Ahí va el equipaje del Marqués de Caracias,» y que la gente al oírlo corriera detrás de la silla de posta para ver al privilegiado mortal que habia obtenido el ansiado premio?

Cada una de las exclamaciones que llegaban á sus oídos, era un golpe de viento que se deslizaba por ellos suavemente inflándole de orgullo: al verse objeto de la pública y escitada curiosidad, Maese Berú hacía á sí mismo el efecto de un gran Príncipe que viaja de incógnito; dignábase por lo tanto asomar el placentero rostro á la ventanilla, saludando con la mano á la muchedumbre, y si esta se lo hubiera suplicado, sin dificultad hubiera tenido la condescendencia de permitir que se la besaran.

Ninetta, entretenida con los accidentes del terreno, ó ensimismada con sus ideas y esperanzas, no hacia reparo en la metamorfosis de su futuro dueño: algo debió chocarle al notario, porque solía mirarle de reojo y sonreírse disimuladamente. En cuanto al padrino de Ninetta, dormía como un lirón.

Berú no era fácil de contentar en las posadas, quejábale del servicio, hacía ascas al vino y á la comida, como si nunca se le hubieran servido mas que faisanes dorados y pavos rellenos con trufas, y eso en vajilla esmaltada.... Segun dijo, pensaba encargar á París una, para cuando se le ocurriera viajar.

Por fin, á la luz del sol naciente se divisaron una mañana las torres del famoso castillo, que des-

collaban arrogantes por encima de gigantescos pinares. El conductor gritó: «Señores!... El castillo de Robenbourg,» grito que produjo el mismo efecto que debió producir en los descubridores del Nuevo Mundo la voz de: ¡Tierra! ¡Tierra!

El almirante de aquella expedición terrestre mandó que se acortara el paso á las mulas, á fin de saborear el goce de tan magnífica perspectiva.

Ninetta no cabía en sí de gozo, su padrino se despaviló á fuerza de oír repetir: ¡Magnífica propiedad!! El notario parecia medir con las miradas el terreno y calcular sus productos.

Solo el propietario en ciernes parecia menos entusiasmado, y era que un pensamiento le disgustaba. ¡Qué lástima! decía en sus adentros, que á tan estenso dominio no le acompañe un título correspondiente á su grandeza; por ejemplo, el de Duque de Robenbourg, sonaría muy agradablemente á los oídos! Fuerza es confesar que por mucho dinero que se tenga, no basta para lucir en el mundo si al oro no se añade un título noviliario; oírse llamar Duque, Marqués, Conde, ó por lo menos Baron, era ya para el enriquecido industrial un requisito indispensable.... Tan cierto es que los deseos del hombre con nada se satisfacen, y mas exigen cuanto mas alcanzan.

Por último, la silla de posta se detuvo al pié de una gran verja, que circuíla la entrada principal del castillo; Ninetta, que deseaba por momentos entrar en él, quiso apearse, pero se lo impidió su amante diciendo:—No es regular que un propietario entre como un cualquiera sin que se le haga la debida recepcion. El conserje habia salido, y fué necesario aguardar á que volviese para franquearles la puerta principal, que por fin, al cabo de larga espera, se les abrió de par en par, y el carruaje penetró en el gran patio de honor con gran ruido de campanillas y latigazos.

Los comisionados de Francfort no habian llegado todavía; pero se hallaba aun en el castillo la Baronesa de Randoux, sobrina y heredera del antiguo Señor de Rodenbourg, que acudió á recibirles con la esquisita finura que distingue á las personas verdaderamente ilustres, y educadas en la buena sociedad.

La Baronesa no podia decirse que se hallaba en la flor de sus años, ni que tenia derecho á ser incluida en el número de las mujeres notables por su hermosura; pero Dios, que reparte sus dones de una manera equitativa y admirable, habíala dotado de una gracia singular, de un talento nada comun, realizado por la instruccion.

Esta señora introdujo á sus huéspedes en la sala de recibo, en la cual encontraron á una persona que no les era estraña; el rollizo Marqués alemán, les habia precedido algunas horas, y fuéles presentado por la Baronesa como un antiguo amigo de la casa.

Despues que almorzaron grandemente, la Baro-

nesa les invitó á que visitáran el dominio: como es vasto, dijo, iremos, si os parece, en coche abierto, y así podreis verle sin fatigaros. En efecto, las dos damas ocuparon el carruaje, llevando al frente á Berú y Toppet. El Marqués y el notario cabalgaban al estribo en dos soberbios alazanes, que habia mandado ensillar el primero.

Cuando nuestro filósofo se halló cómodamente repantigado en los almohadones de la carretela, su aspecto era lo mas cómico que imaginarse puede, nada es tan risible como la escénica y afectada gravedad; su voz adquirió un metal sonoro y retumbante, su mirada un aire despreciativo, sobre todo cuando la fijaba en los que iban á pié: no pensó en contestar á los saludos que le dirijian aquellas pobres gentes, buenas, cuando mas, para servirle de lacayos, ó destripar los terrones de sus haciendas.

Estas no le parecieron del todo bien; las tierras no eran malas, pero el cultivo podia mejorarse; los caminos se hallaban en mal estado; la cerca era mezquina; los bosques no estaban bien cuidados; quejábase de la incuria de los peones y guardas; sería preciso reformarlo todo y atar muy corto á los dependientes que no cumplian su obligacion. Yo aseguro, repetia, que de mí no se han de burlar! A mí nadie se me sube á las barbas!

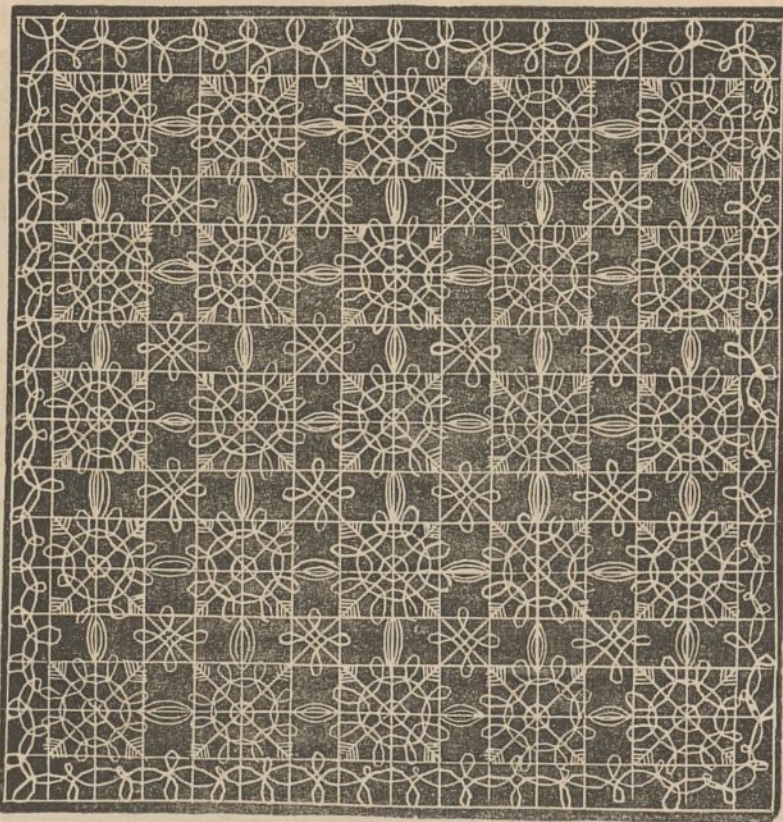
Ninetta desempeñaba el papel de mediadora, intercediendo en favor de aquellos pobres dependientes, y prometíase de buena fé, servirles de amparo. No diremos que la vanidad no hallase cabida en el pecho de la futura señora de Robenbourg. ¿Quién está libre de sus péfidas sugerencias? La tal vanidad es una entremetida que se mezcla en todos nuestros sentimientos y operaciones, y hasta de la virtud se ha dicho, que no avanzaria tanto en su camino, á no llevarla por compañera de viaje. Pero en fin, la de Ninetta era inofensiva y probaba un excelente corazon. Así todos fundáramos la nuestra en hacer bien á los demás!

El descontento de Berú no impidió que su futura esposa manifestára su entusiasmo á vista de la magnífica propiedad. Su admiracion contrastaba de un mo-

do singular con el desden afectado por Berú; éste que creia de muy buen tono el despreciar cuanto admiraban los demas, parecióle que Ninetta se traslimitaba en sus elogios, y arrugando el entrecejo, lanzóla una mirada tan fosca y penetrante, que la pobre muchacha cerró los ojos para no ver otro relámpago; fijólos despues en el suelo, y se calló como una muerta.

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.



Cuadro de malla.

LABORES.

El grabado que ofrecemos hoy representa un cuadro de *mallabordado*, imitacion de los calados del siglo XVI. En nuestro artículo de Junio del año anterior esplicamos prolijamente esta labor, que despues de hecha la malla, basta fijarse en la direccion de las rayas para comprender el modo de bordarla, pasando el hilo de unos á otros cuadros, bien en *molinetes*, bien al punto de *trapo* ó *zurcido*. Este cuadro po-

drá servir para cubierta de acerico: uniendo varios iguales se obtendrán antimacasares, edredones, etc., tan ricos como distinguidos.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

LOS HUEVOS DE PASCUA.

Á LAS NIÑAS.

Esta historia ha sido ya referida á otros muchos niños, que la oyeron siempre con placer, y aun á personas de mas edad que la vuestra; si la casualidad hizo escucharla, les causó tambien una agradable impresion.

Presumiendo yo que pudiera interesaros, queridas niñas, así como á vuestros padres y hermanos, os la ofrezco hoy.

El asunto de este cuento es muy sencillo, muy trivial: él sin embargo os enseñará cómo un huevo, el don mas insignificante que Dios nos envía, es al mismo tiempo que un inmenso beneficio para el hombre, un instrumento milagroso que nos muestra la santa prevision del Todopoderoso y su eterna sabiduría.

Haceros comprender estas verdades es el principal objeto de esta historia; el resto de ella no es mas que una ficcion para que os deleite é instruya. Es como el *Huevo de Pascua* (1), cuyo nombre lleva, y que os presenta vuestra madre: no solo os procura un alimento sano, sino que cautiva vuestra vista con su linda forma y sus hermosos colores.

Schmit.

I.

¡Dios mio! es posible que no sepais lo que son gallinas?

En un pequeño valle, situado entre ricas y ásperas montañas, vivían, hace ya siglos, algunos pobres carboneros. Sus humildes moradas estaban repartidas aquí y allí en la pendiente de la colina; algunos árboles frutales plantados alrededor de cada cabaña, un pequeño terreno sembrado de trigo, de cáñamo ó lino, una vaca y escaso número de cabras, componían toda su fortuna: aquellas pobres gentes ganaban además algún metálico surtiendo de carbon las herrerías de los alrededores, y á pesar de su estremada pobreza se consideraban dichosos, porque no conocían mas que aquello que disfrutaban. Su vida pacífica y sóbria conservaba perfectamente su salud, encontrándose en aquellas pobres chozas lo que en vano buscaríamos en los palacios, personas que llegaban y pasaban de la edad de cien años, pudiendo participar aun de los sencillos goces de sus patriarcales costumbres.

Un día, en que el calor se dejaba sentir con exceso y la avena principiaba á dorar sus espigas, la hija de un carbonero, muchacha de corta edad que guardaba las cabras algo lejos de su morada, llegó falta de aliento á anunciar á sus padres que acababa de penetrar en el valle una familia vestida de una manera particular, y que hablaba en un lenguaje que ella no entendía: eran una dama de porte muy distinguido, dos niños y un anciano, que aunque ricamente ataviado parecía criado de la señora.

La niña continuó: «Esos extranjeros están muertos de fatiga, y al parecer de hambre; los he encon-

trado en la montaña cuando corría atrás de mis cabras, y les he enseñado el camino del valle. Yo creo que inmediatamente deberíamos llevarles algún alimento y ver de alojarlos en nuestra cabaña ó en alguna de estas inmediatas siquiera por esta noche.» Sus padres al momento tomaron pan, leche y queso, y salieron en busca de los viajeros.

Estos habían descansado entretanto á la sombra que prestaba una roca, sentada la dama sobre una piedra cubierta de musgo: un velo de gasa ocultaba su rostro, y tenía sobre sus rodillas una hermosa niña. El anciano criado se ocupaba en descargar la mula que había conducido los bagajes, mientras el niño mayor la ofrecía cardos, que se entretenía en arrancar por allí, y que el pobre animal comía con ansiedad.

El carbonero y su mujer se acercaron tímidamente á la dama, cuyo noble porte, elegantes maneras y rico traje demostraban bien su elevada alcurnia.

—Mira, dijo por lo bajo la carbonera á su marido; mira que gola tan delicadamente rizada; qué encajes tan ricos, que casi cubren sus torneadas manos, y qué zapatos, Dios mio! son blancos como las flores de nuestros cerezos, y bordados de oro...

Entonces su marido impaciente de tantas observaciones le dijo:

—¡Tu cabeza está llena de vanidad! Aunque el traje no hace mejores ni peores á las personas, las gentes de alto nacimiento deben vestirse con esmero; y en cuanto á esos lindos zapatos que tanto te encantan, estoy seguro que no habrán evitado que se lastime los piés esta noble señora al pasar por nuestras escabrosas veredas.

El carbonero y su mujer ofrecieron á los extranjeros el alimento que les llevaban. La dama entonces levantó su velo, y ambos esposos quedaron asombrados de la espresion de infinita dulzura que destellaban sus facciones.

Después de haberles dado las gracias repetidas veces, procuró hacer beber á la niña que tenía en sus rodillas una parte de la leche que le habían presentado en una taza de barro: dos lágrimas de ternura se deslizaron por sus mejillas, al ver tomar á su hija la taza con sus manecitas y beber con avidez. El otro niño mayor se aproximó para beber también; en seguida la excelente madre les dió pan y queso, y solo después de verlos satisfechos y haber dado su parte correspondiente al criado, consintió ella en tomar algún alimento. Durante esta frugal comida todos los habitantes del valle se habían reunido en torno de los extranjeros, y los examinaban con interés y curiosidad.

Cuando nuestros viajeros hubieron descansado, el criado se dirigió á aquellas honradas gentes y les suplicó prestasen un abrigo á la señora y sus niños,

[1] En Francia y Alemania se llaman *Huevos de Pascua* los huevos cocidos duros, cuya cáscara se pinta de colores, y se regalan á los niños por Pascuas.

asegurándoles que no les serian gravosos, y que pagarian con generosidad sus bondades.

—Oh! sí, añadió la dama con voz conmovida, tened piedad de una desgraciada madre y de sus pobres hijos, á quienes una suerte cruel ha arrojado de su patria.

Los vecinos todos inmediatamente se pusieron á consultar la manera de procurar el mejor asilo á aquella familia.

señora, me pertenece: no ha sido aun habitada, porque la he hecho construir para vivirla yo mismo cuando mi hijo me haya sucedido en el molino; yo os la ofrezco tal como ella es. Parece que se ha edificado para vos y que la Providencia os ha conducido hasta aquí para habitarla, porque ayer mismo se ha terminado. Estoy seguro que para estos sitios la habeis de encontrar agradable.

La señora acogió aquella sencilla oferta dando



En el fondo del valle, entre las rocas, se deslizaba un manso arroyuelo, cuya corriente ponía en movimiento la rueda de un pequeño molino construido á su orilla, y que parecia desprenderse de aquellas inmensas masas de granito. El molinero habia levantado al otro lado del arroyo una linda casita, que si bien era de madera, como todas las demas, la embellecia el follaje de muchos cerezos que la rodeaban, y un pequeño jardín que dependiente de ella se dilatava á su espalda por el llano. El molinero se apresuró á ofrecer esta habitacion á la extranjera.

—La casita que veis allí, dijo mostrándosela á la

muestras de gratitud, y se dirigió en el acto á su nueva habitacion, llevando á su hija en los brazos, y seguida del anciano criado, del otro niño y del molinero, que conducia la mula del ramal.

La casa, que estaba provista de sillas, mesas y una cama, agradó en extremo á la señora, lo que causó no poca alegria al honrado dueño de ella. Inmediatamente la dama sacó sábanas, colchas, cortinas y demas efectos que habia traído en su equipaje, y al momento estuvo la casa dispuesta para pasar en ella la noche. Antes sin embargo de entregarse al descanso, abrazó á sus hijos, y los tres dieron gra-

cias á Dios, que despues de tantas fatigas y sinsabores, les habia concedido un asilo tan satisfactorio.

—¡Quién hubiera creído, decia la señora, que yo, criada en un palacio, llegaria un dia en que me consideraria dichosa al encontrar esta miserable cabaña para refugiarme! Ah! cuán buenos deben ser los poderosos con sus inferiores, y suplir con su prudencia lo que les falte de compasion, porque nadie sabe lo que la suerte le reserva!

Al dia siguiente la señora salió á visitar el valle, que no habia visto el anterior por su estremado cansacio, y en el que habia sido tan bien acogida. Un agradable espectáculo se ofreció entonces á sus ojos: las cabañas esparcidas sin orden formaban caprichosos grupos que se dibujaban sobre el césped de la montaña; en medio de ellas serpeaba el arroyuelo trasparente, y las cabras repartidas en la yerba é iluminadas por los primeros rayos del sol se destacaban sobre la verde alfombra, y constituian el fondo de aquel cuadro, que el mas hábil pintor no hubiera podido copiar con tan bellos colores.

El molinero en cuanto apercibió á la bella desconocida, salió á su encuentro y la condujo á la tosca tabla que hacia las veces de puente sobre el arroyo.

—No es cierto, señora, la dijo, que este es el sitio mas hermoso del valle? Aquí llegan mas pronto los primeros rayos del sol, y quizá cuando á las otras cabañas las envuelve aun la bruma de la mañana, esta disfruta ya de la suave claridad de la aurora.

Los niños observaban con atencion la rueda del molino en su constante y rápido giro, sorprendiéndoles sobre todo el murmullo del agua, que á borbotones se escapaba de la rueda, y las innumerables gotas, que describiendo un círculo de diáfanos brillantes caian en el seno del arroyuelo, perdiéndose en sus tranquilas ondas.

La señora pasó este primer dia en proveer su casa de todo cuanto allí se conocia. Los habitantes del valle con honrosa solicitud le procuraron á porfia comestibles, lumbré, vajilla y cuantos utensilios fueron necesarios: la jóven que primero les habia salido al encuentro y mostrado el camino del valle, llamada Marta, entró á su servicio.

Su ama en el momento que estuvieron solas en la cocina la dijo.

—Ante todo necesitamos huevos; vé á comprarlos inmediatamente.

—Huevos! replicó Marta sorprendida, para qué?

—¿Para qué han de ser? para cocerlos.

—Para cocerlos! añadió Marta, si esta no es la estacion en que ponen los pájaros! Ademas serian necesarios un centenar de huevos de jilguero para alimentar á cuatro personas.

—Pero qué dices? quién te habla de huevos de pájaros? Lo que yo te pido son huevos de gallina.

(Se continuará.) JOAQUINA G. BALMASEDA.

Esplicacion del pliego de Dibujos.

NUMS. 1 y 2. *Delantero y espalda* de camiseta cerrada por detrás y bordada al *minuto*.

NUM. 3. *Cuello* marinero bordado al *minuto*.

NUM. 4. *Puño* correspondiente.

NUM. 5. *Paulina*, bordado á *plumetis*.

NUM. 6. *Pañuelo* rico, bordado de *aplicacion* de batista sobre tul.

NUM. 7. *Sombrilla* bordada con *trencilla* ó á *cadena* sobre grós: hay que hacer otros siete pedazos iguales al modelo.

NUM. 8. *V O*, bordadas á *plumetis*.

NUM. 9. *Ramo*, bordado al *pasado* con sedas de colores, para caidas de cinturon.

NUM. 10. *Cifra* bordada al *pasado* y punto de armas.

NUM. 11. *Guirnalda* para escudo, bordada á *plumetis*.

NUM. 12. *Entredos* bordado á *punto ruso*, para camisetas.

NUMS. 13 y 14. *Idem*, bordados con *trencilla*.

NUM. 15. *Otro*, bordado con *trencilla*, *punto ruso* y *minuto*, para enagua y juegos de cama.

NUM. 16. *Cenefa* de *aplicacion*, para fichús.

NUM. 17. *Idem*, bordada á *punto ruso* y *feston* para canesús de camisa.

NUM. 18. *Guirnalda* para escudo, bordada á *plumetis* y *punto de armas*.

NUM. 19. *Ramo* bordado al *pasado* con estambres, á propósito para la silla esplicada en el artículo de Labores de nuestro número anterior. El del número 9, tomando solo las tres flores, puede servir tambien al mismo objeto.

NUM. 20. *Cenefa*, bordada con cinta, para faldas interiores ó vestidos.

NUM. 21. *Ramo*, bordado á *cordoncillo* y *minuto*, para corbata.

El patron que va á la espalda es de un cuerpo de vestido con cinturon de aldetas, que figuran ser continuacion del cuerpo, y que si se quiere pueden sacarse de él mismo. Cada una de las piezas del patron lleva su nombre, y en el hombro y delantero está marcada la otra pata que va en la union de las piezas: este patron corresponde á nuestro figurin núm. 781, que se dió el dia 16 del pasado Junio, y cuya figura se ve tambien en el pliego.

Por lo no Armado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.